

PAUL VALÉRY

*El problema de los museos*  
1923

No me gustan demasiado los museos. Hay muchos admirables, con nada deleitable. Las ideas de clasificación, conservación y utilidad pública, que son justas y claras, tienen poca relación con los deleites.

Al primer paso que doy hacia las cosas bellas, una mano me arranca el bastón, un rótulo me prohíbe fumar.

Enfriado ya por el gesto autoritario y el sentimiento de coerción, penetro en alguna sala de escultura donde reina una confusión fría. Un busto asoma deslumbrante entre las piernas de un atleta de bronce. Calma y violencias, sonrisas, pasmos, contracciones y los más forzados equilibrios componen una impresión insoportable. Estoy en un tumulto de criaturas congeladas donde cada una pide, sin obtenerla, la inexistencia de todas las demás. Y eso sin hablar del caos de magnitudes sin medida común, de la mezcla inexplicable de enanos y gigantes, ni siquiera del resumen de la evolución que nos ofrece semejante asamblea de seres perfectos e inconclusos, mutilados y restaurados, monstruos y caballeros...

Dispuesta el alma a cualquier pena, me adentro en la pintura. Ante mí se despliega en silencio un extraño desorden organizado. Soy presa de horror sagrado. Mi paso se vuelve reverente. Mi voz cambia y se coloca algo más alta que en la iglesia, pero un poco más baja que en los asuntos ordinarios de la vida. Pronto dejo de saber qué he venido a estas soledades enceradas, con algo de templo y de salón, de cementerio y de escuela... ¿He venido a ins[138]truirme, o a buscar algo que me encante, o bien a cumplir con un deber y satisfacer las apariencias? ¿O no podría ser incluso un ejercicio de un género particular este paseo tan pintoresco, al que una belleza estorba cada paso y a cada instante desvían a diestro y siniestro obras maestras entre las que hay que conducirse como un borracho entre bares?

La tristeza, el aburrimiento, la admiración, el buen tiempo que hace ahí fuera, los reproches de mi conciencia, y la terrible sensación del gran número de grandes artistas, vienen conmigo.

Noto cómo me voy volviendo terriblemente sincero ¡Qué cansancio,

me digo, qué barbarie! Esto es inhumano. Esto no tiene nada de puro. Es una paradoja, semejante acercamiento entre maravillas independientes pero rivales, incluso más enemigas cuanto más semejantes.

Sólo una civilización ni voluptuosa ni razonable puede haber edificado esta morada de incoherencia. Es insensato lo que resulta de esta vecindad de visiones muertas. Se tienen celos, y se disputan la mirada que les da existencia. De todas partes llaman mi atención indivisible. Vuelven loco a ese punto vivo que arrastra a toda la máquina del cuerpo hacia lo que le atrae...

El oído no soportaría escuchar diez orquestas a la vez. El espíritu no puede ni seguir ni dirigir varias operaciones distintas, y no hay razonamientos simultáneos. Pero el ojo se encuentra obligado a admitir en la abertura de su ángulo movedizo y en el instante de la percepción un *retrato* y una *marina*, una *cocina* y un *triunfo*, y personajes de los más diversos estados y dimensiones; y encima ha de acoger en una misma mirada armonías y maneras de pintar mutuamente incomparables.

Así como el sentido de la vista se ve violentado por ese abuso del espacio que constituye una colección, no ofende menos a la inteligencia una apretada reunión de obras importantes. Cuanto más bellas son, cuanto más excepcionales efectos de la ambición humana, más deben distinguirse. Son objetos raros, que sus auto[139]res hubiesen querido únicos. *Ese cuadro*, se dice a veces, *MATA a los que tiene alrededor...*

Estoy seguro de que ni Egipto, ni China, ni Grecia, sabios y refinados como fueron, conocieron nunca este sistema de yuxtaponer producciones que se devoran unas a otras. No alineaban unidades de placer incompatibles bajo números de matrícula y según principios abstractos.

Pero nuestra herencia es aplastante. El hombre moderno, extenuado por la enormidad de sus medios técnicos, está igualmente empobrecido por el exceso de riquezas. El mecanismo de donaciones y legados -la continuidad de producción y adquisición junto con esa otra causa de crecimiento que tiene que ver con las variaciones de moda y gusto, con la vuelta del gusto a obras que se había desdeñado, contribuyen sin descanso a la acumulación de un capital excesivo y, por tanto, inutilizable.

El museo ejerce una atracción continua sobre todo lo que hacen los

hombres. El hombre que crea y el que muere lo alimentan por igual. Todo acaba en la pared o en la vitrina... Sin poderlo evitar pienso en la banca de ciertos juegos que gana en todos los lances.

Pero la capacidad de servirse de esos recursos cada vez más grandes está lejos de crecer con ellos. Nuestros tesoros nos abruma y nos aturden. La necesidad de concentrados en un edificio exagera su efecto pasmoso y triste. Por vasto que sea el palacio, por adecuado y bien ordenado que esté, siempre nos encontramos un poco perdidos y desolados en esas galerías, solos contra tanto arte. La producción de miles de horas que tantos maestros consumieron pintando y dibujando actúa en unos instantes sobre nuestros sentidos y nuestro espíritu, ¡Y eran horas cargadas a su vez de años de búsquedas, experiencias, atención y genio...! Inexorablemente hemos de sucumbir ¿Qué hacer? *Nos volvemos superficiales.*

O bien eruditos. En materia de arte la erudición es una especie de derrota: aclara justo aquello que no es lo más delicado, y [140] ahonda en lo inesencial. Sustituye la sensación por sus hipótesis, y la presencia de la maravilla por su prodigiosa memoria; y añade al inmenso museo una biblioteca ilimitada. Venus vuelta documento.

Salgo con la cabeza molida y las piernas tambaleantes de ese templo de los placeres más nobles. La fatiga extrema se acompaña a veces de una actividad casi dolorosa del espíritu. El magnífico caos del museo me sigue y se combina con el movimiento de la calle viva. Mi malestar busca su causa. Percibe, o inventa —alguna imprecisa relación entre esa confusión que le obsesiona y el estado atormentado de las artes de nuestro tiempo.

Estamos y nos movemos en el mismo vértigo de mezcolanza que le infligimos como suplicio al arte del pasado.

De golpe percibo una vaga claridad. Se insinúa en mí una respuesta, se destaca poco a poco de mis impresiones y exige pronunciarse. Pintura y Escultura, me dice el Demonio de la Explicación, son niños abandonados. Su madre ha muerto, su madre Arquitectura. Mientras vivió les daba lugar, empleo y límites. Les estaba negada la libertad de errar. Tenían su espacio, su luz bien definida, sus temas, sus alianzas... Mientras vivió, sabían lo que querían...

—Adiós, me dijo esta idea, no iré más lejos.